

de la dignidad de los príncipes tanto mas mortificante cuanto que la favorecida era precisamente la casa de Brunswick que siempre había sido su jefe y cabeza; de modo que estos veían erigirse un nuevo electorado y perdían un aliado de gran valía. Mas de uno hubiera querido para sí la merced concedida, pero ninguno podía ver con satisfacción que recayera en el afortunado que hasta entonces había sido su igual y su compañero. El que mas públicamente protestó del hecho fué precisamente el pariente mas próximo del nuevo elector, Antonio Ulrico de Wolfenbittel, el cual pensaba que el encumbramiento de la rama menor constituía una humillación y una postergación intolerables para la mayor. Todos los protestantes se unieron estrechamente sosteniendo que una tal modificación de la Constitución del Imperio solo podía ser legalmente acordada por los tres colegios de la Dieta despues de haber discutido debidamente el asunto, y que el emperador con su procedimiento había violado la Bula de Oro, las capitulaciones electorales y la paz de Westfalia.

Muy pronto adquirió el conflicto grandes proporciones. En las cortes de los príncipes tomaba cada día mayor cuerpo la idea de que para ellos se trataba de una lucha por los bienes supremos del derecho y de la dignidad; pero al propio tiempo surgieron otros motivos que se aprovecharon de aquel antagonismo para objetos muy distintos. Todas las rivalidades públicas y secretas contra Hannover, todas las hostilidades ocultas contra la corte imperial acogieron aquella contienda como pretexto muy á propósito para sus fines particulares: los elementos del proyectado partido medio, capitaneados por el obispo de Munster, confundieron su causa con la lucha promovida por el otorgamiento de la dignidad electoral á Hannover; Dinamarca dió rienda suelta al disgusto que le había producido la ocupación de Lauenburgo, y así sucesivamente. Como en todos los períodos de tribulación real ó supuesta, resucitó el sistema de las alianzas particulares, formándose aquí y allí distintas agrupaciones. En febrero de 1693 constituyóse una nueva confederación de príncipes, reproducción de la antigua alianza de 1662 (1), dirigida especialmente contra la ampliación del poder de los electores con la creación del electorado de Hannover. En ella se encontraron juntos príncipes laicos y eclesiásticos, de los cuales unos entraron en la liga desde luego y otros mas adelante, contándose entre ellos el obispo de Munster, el duque Antonio Ulrico de Wolfenbittel, los Ernestinos sajones, Hesse, Dinamarca-Holstein, Brandeburgo Kulmbach, los obispos de Bamberg y de Eichstadt y otros. El mismo margrave Luis de Baviera, á pesar de la elevada posición que ocupaba en el ejército del emperador, no vaciló en ponerse al lado de los príncipes opositores (2) y la regencia wurtemberguesa formuló desde Stuttgart su protesta contra la concesión del título de alférez mayor, pues la prerrogativa de llevar la «bandera de guerra del Imperio» había sido desde tiempo inmemorial «privilegio inseparable de la casa de Wurtemberg (3).» De esta suerte se aumentó la confusión; los debates de la Dieta se resintieron de languidez y, lo que era peor, surgió al propio tiempo el peligro de que de aquella funesta lucha pudieran salir nuevas y fatales alianzas secretas con Francia. Los que desde fuera del Imperio observaban la contienda no se explicaban que los príncipes imperiales, interesados en una difícil guerra extranjera, promovieran tan reñidas luchas intestinas por cuestiones al parecer tan insignificantes.

(1) Véase pág. 127.

(2) Schulte, tomo I, pág. 166.

(3) Sattler, tomo XI. Apéndice, pág. 169. Leibnitz se apoderó en seguida de la cuestión del derecho de Wurtemberg á llevar la bandera del Imperio y la discutió en un largo y minucioso escrito (*Obras*, edición Klopp, tomo VI, pág. 299).

La cuestión del noveno electorado y las muchas cuestiones incidentales con ella relacionadas representaron importante papel en el mecanismo diplomático de los tiempos inmediatos: concertáronse, renováronse y destruyéronse alianzas, se adoptaron posiciones de partido que luego se abandonaban, y la discusión oficial y las publicaciones oficiosas despachábanse á su gusto; pero no por eso sufrió modificación alguna el hecho consumado. Ernesto Augusto sostuvo su derecho y ocupó su puesto; sus embajadores en el congreso de la paz de Ryswich fueron reconocidos como electorales por las potencias extranjeras, y despues de su muerte, acaecida en 28 de enero de 1698, su hijo Jorge Luis consiguió poner término á la oposición del mismo colegio electoral. Mas tiempo duró, aunque con el mismo poco éxito, la resistencia del partido de los príncipes, contra uno de los cuales, el indomable Antonio Ulrico de Wolfenbittel, hubo de apelarse á la fuerza de las armas (marzo de 1702); pero cuando, al morir en agosto de 1705 Jorge Guillermo de Celle, se realizó la unión por tanto tiempo preparada de todos los territorios de Luneburgo en manos del elector Jorge Luis de Hannover, fué debilitándose cada vez mas aquella oposición contra lo que ya no tenía remedio. En virtud del acuerdo de la Dieta el nuevo elector fué solemnemente admitido en el colegio electoral en setiembre de 1708, es decir, cuando mas encarnizada estaba la guerra originada por la sucesión al trono de España, despues de haberse decretado la proscripción del Imperio contra los electores de Baviera y de Colonia: al propio tiempo el emperador José I consiguió para la casa de Austria la ventaja de la «readmisión de la Bohemia electoral,» es decir, el reconocimiento de la plenitud del derecho electoral en favor de la corona de Bohemia que hasta entonces habíase limitado á la participación en las elecciones de rey de Romanos.

Así se fundó el respetable poderío de la casa de Brunswick, la cual desde la paz de Westfalia había adquirido tan extraordinaria importancia, que solo con la de la casa de Brandeburgo podía ser comparada.

En cambio, no llegaba adonde ésta ni con mucho en cuanto á la extensión y buena situación de sus dominios. Ciertamente el territorio del Estado güelfo formaba un conjunto compacto y homogéneo y que estaba en perfectas condiciones para ser redondeado, pero era un territorio exclusivamente interior, y aun cuando algun día se conquistara, como ya se había intentado, el ducado suco de Bremen, no por eso adquiriría la casa de los Güelfos una posición dominante en el mar mientras Hamburgo y Bremen conservaran su independencia.

Con todo, era un hecho de trascendentalísima importancia que existieran entonces en el Norte de Alemania, uno al lado de otro, dos grandes Estados protestantes, Brandeburgo y Hannover, en los cuales vivía el sentimiento de un porvenir mas grande todavía.

Entre estos dos Estados surgió desde un principio una rivalidad natural, á pesar de estar unidas sus dinastías por relaciones de parentesco. Ambos tenían cierto espíritu de grandeza, sostenido en Brandeburgo por la confianza en un próximo renacimiento sobre la base segura de triunfos sólidamente cimentados: había allí un pasado glorioso, un hermoso presente y un vago presentimiento de un porvenir mucho mas grandioso. En Hannover apoyábase aquel espíritu en la bien cimentada soberanía, en el sentimiento de la tradicional é histórica realidad de derecho, y en la mayor superioridad específica. Por ambos lados se alzaban magníficos bastidores que representaban el pasado y el porvenir: en uno se veía la ilustre imagen de Enrique el Leon; en otro el trono vacante de Inglaterra, Escocia é Irlanda.

¿Cuál de las dos potencias conseguiría mayor importancia; cuál lograría tener verdadera significación nacional?

En los años de que acabamos de hablar asoma en el horizonte político la esperanza de la casa de Hannover sobre la corona de Inglaterra. En la misma época en que se seguían las negociaciones para conceder á la casa de Hannover la dignidad electoral, surgía por vez primera (1693) el plan de Federico III de conquistar la dignidad monárquica para la casa de Brandeburgo. De suerte que se creó entonces una situación en la que parecía que las casas güelfa y brandeburguesa habían de luchar por la posesión del trono de Inglaterra (1).

CAPITULO IV

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA GUERRA Y LA PAZ DE RYSWICK

Volvamos á la guerra de Francia que hemos dejado interrumpida al comenzar la campaña de 1693. No era una guerra alemana, sino una guerra universal la que había de sostener Luis XIV: los acontecimientos decisivos habían de acaecer en otras partes mas que en el teatro de la guerra del Rin, cuyas luchas solo en sus rasgos principales nos es dado describir (2).

El emperador Leopoldo habíase resuelto á llamar á los dos generales mas expertos que tenía en Hungría para continuar la guerra del Rin en 1693. Correspondiendo á las instancias del elector de Tréveris, el feldmariscal-teniente Guido de Starhemberg debía encargarse de proteger con un cuerpo de ejército las mas importantes plazas fuertes del Rin central, especialmente Coblenza y Ehrenbreitstein, mientras el margrave Luis de Baden, accediendo á las súplicas del círculo suabio, debía tomar el mando del ejército imperial en el alto Rin; pero como pronto se vió que los franceses no pensaban atacar aquellas plazas, Starhemberg fué nuevamente enviado á Hungría (3), quedando en primer término al cuidado del margrave defender las fronteras occidentales del Imperio contra cualquiera agresión de los franceses.

Las campañas que en el Rin se hicieron ofrecen un interés relativamente limitado para una narración compendiada, única que cabe dentro de las condiciones de la presente obra, pues no hubo en ellas grandes acciones ni resultados de mucha importancia. El vencedor de Szlankamen no pudo ya medir sus fuerzas en una gran batalla campal: en el teatro de la guerra que se extendía desde el alto Neckar, en Heilbronn, hasta las vertientes del Odenwald y de la Selva Negra y hasta la llanura del Rin y la Alsacia, la lucha se limitó á un continuo avanzar y retroceder; fué una guerra que en gran parte se hizo, como con razón se ha dicho, mas «con azada y pala» que con la espada, y en la cual el arte de las posiciones bien elegidas y atrincheradas que evitaran cualquier ataque se sobrepuso al de los combates en campo abierto bien preparados y bien dirigidos (4). Durante aquellos años de guerra y enfrente de los ejércitos franceses desarrollóse mas y mas en Luis de Baden el rasgo que despues

fué característico en él, ó sea la circunspección lenta y metódica, y los mismos generales franceses que con él tenían que habérselas no mostraron sino en pocas ocasiones aquel valor temerario y constantemente agresivo de que había dado muestras en otro tiempo Turenna en aquellos mismos lugares.

Luis de Baden, al encargarse del mando en la primavera de 1693, vióse obligado á mantenerse por lo pronto á la defensiva, á consecuencia de la escasez de las fuerzas puestas á sus órdenes. El refuerzo que se le había prometido, es decir, el ejército sajón, compuesto de 12,000 hombres mandado por el elector Juan Jorge, no llegó hasta la segunda mitad del verano á consecuencia de las interminables cuestiones de etiqueta que se promovieron acerca de quién debía ejercer el mando supremo; así es que el margrave hubo de contentarse con ocupar una posición fuerte y perfectamente atrincherada en Heilbronn, en el alto Neckar, resuelto á no dejar que el enemigo que avanzaba traspasara esta línea (5).

Los alemanes rechazaron felizmente en el combate de Klingenberg, no lejos de Heilbronn (5 de junio), un primer ataque que contra ellos intentó el general en jefe del ejército francés del Rin, el mariscal de Lorge, sobrino de Turenna. Esta derrota disgustó en extremo á Luis XIV, descontento ya porque la guerra en los Países Bajos no iba á la medida de sus deseos. Ciertamente poco despues era completamente derrotado por el mariscal de Luxemburgo el rey Guillermo de Inglaterra en la sangrienta batalla de Neerwinden (29 de julio), pero las consecuencias de aquella victoria no fueron de gran importancia. Por esto el soberano francés estaba tanto más interesado en reconquistar, por medio de una brillante victoria en Alemania, su absoluto predominio y con él quizás también la base para un tratado de paz favorable. A este objeto fué destacado del ejército de los Países Bajos un cuerpo de 20,000 hombres á las órdenes del propio del fin, para intentar, en unión con de Lorge, un golpe decisivo contra el ejército del Rin.

El margrave Luis esperó también este nuevo ataque en su fuerte posición hacia la cual avanzó lentamente el ejército francés, compuesto ya de 40,000 hombres, dando tiempo con su lentitud á que el general alemán se preparase para hacer frente á aquella formidable agresión y á que recibiera considerables refuerzos de Sajonia, Brandeburgo, Hesse, el Palatinado, etc. El día 2 de agosto hallábase los ejércitos reunidos del del fin y del mariscal de Lorge delante de las líneas fortificadas de los alemanes dispuestos para el ataque, pero contra lo que era de esperar no presentaron la batalla. Los generales franceses habían calculado las fuerzas del enemigo muy inferiores á lo que en realidad eran; mas cuando se encontraron con que era preciso asaltar una posición defendida por todos lados por formidables trincheras y por innumerables reductos y baterías perfectamente situadas y fuertemente guarnecidos, el consejo de guerra acordó no intentar contra tan inexpugnables posiciones un ataque de éxito dudoso y emprender, por el contrario, la retirada (6).

(5) Luis XIV escribía al mariscal de Lorge en 29 de mayo de 1693: «Heilbronn... es... la posición mas importante que puede haber en la presente coyuntura para hacer algo en el Imperio.» Griffet: *Recueil de lettres*, tomo VIII, pág. 213.

(6) Para conocer esta campaña véanse especialmente las cartas en extremo características de Luis XIV á de Lorge insertas en el *Recueil* etc., de Griffet, tomo VIII, pág. 212, en las cuales se ve claramente el imperioso deseo del rey de lograr una acción decisiva en Alemania. Acerca del fracasado ataque del 2 de agosto escribía últimamente: «Me disgusta que no hayais podido atacarles, pero al mismo tiempo alabo vuestra prudencia al no haber arriesgado nada en una empresa cuyo éxito os ha parecido dudoso.» (Pág. 284.) Véase también Schulte, tomo I, página 143.

(1) En el capítulo relativo á la erección del reino de Prusia trataremos mas extensamente de la situación especial de Brandeburgo.

(2) Los detalles de las siguientes campañas pueden verse en Schulte, obra citada, tomo I, pág. 86, á cuya completa descripción de la guerra hemos de referirnos para todo lo que á aquéllas se refiere.

(3) Arneth: *Guido de Starhemberg*, pág. 142.

(4) Véase la característica militar de Luis Guillermo en la relación veneciana de Carlos Ruzini del año 1699: «*Senza vaghezza d'incontrar battaglia seppre opporre ai nemici non i petti, ma le trincere e con esse ritiradar e deluder i loro disegni.*» Fiedler: *Relaciones*, tomo II, página 411.

En realidad no hubo lucha, pero fué una verdadera derrota moral para los franceses el hecho de huir delante de las líneas alemanas sin atreverse á intentar siquiera atacarlas. A la semana siguiente emprendieron las tropas de Luis XIV su retirada abandonando los territorios del Rin.

Una enérgica persecucion por parte de los alemanes en union con las reservas que habian sido puestas en pié de guerra hubiera tal vez producido excelentes resultados, pero dadas las disensiones por la cuestion de mando existentes en el campo alemán, no habia que pensar en tal cosa. Sin embargo, los alzamientos aislados de los campesinos y sobre todo las vigorosas é incasantes correrías de los húsares y dragones alemanes ocasionaron grandes pérdidas á los franceses á quienes costó 20,000 hombres aquella campaña para ellos tan poco gloriosa. Las pérdidas de los alemanes no fueron menos sensibles, pues gracias á la actitud esencialmente defensiva del ejército del Rin los franceses tuvieron tiempo de aprovechar su retirada, como habian hecho en 1689, para asolar el país y llenar sus arcas. El territorio de Wurtemberg fué el que mas padeció: el ejército francés señaló su paso por él con incendios, ruinas, saqueos, devastacion sistemática y contribuciones enormes. «Este territorio — escribia Luis XIV á de Lorge — debe todavía 50,000 thalers de contribuciones atrasadas; permaneced en él todo el tiempo que os sea posible, y si no paga, tratadlo sin compasion (1).» «Es del mayor interés — escribia en otra carta — acabar gloriosamente la campaña de Alemania, y el mariscal solo debe regresar á Fontainebleau cuando no tenga pesar por no haber hecho nada en Alemania (2).» En realidad era evidente que el delfín y de Lorge habian perdido la campaña; de modo que el único modo que tenian para «acabarla gloriosamente» era devastar la Suabia, haciendo allí una segunda edicion de los horrores del Palatinado.

El mariscal francés no pudo ofrecer á los pies de su rey más que una victoria que éste le habia exigido muy especialmente, y fué la toma y destruccion por segunda vez de Heidelberg realizadas en los comienzos de aquella campaña y acerca de las cuales vamos á decir algunas palabras (3).

Desde que los franceses en marzo de 1689 evacuaron la ciudad y el castillo de Heidelberg, la poblacion y el castillo habian sido poco á poco dotados de los medios de defensa mas indispensables, pero no en la medida que la importancia de la plaza requeria. En los siguientes años los franceses no habian dirigido contra la ciudad ningun ataque serio, y el golpe de mano intentado en 1689 por el mariscal Duras con el propósito de hacer por este medio y por la amenaza de una invasion en Suabia que el ejército imperial abandonara el sitio de Maguncia, habia sido felizmente rechazado.

Pero previendo que durante la campaña de 1693 amenazaba á Heidelberg nuevo peligro, se acordó mejorar y aumentar sus fortificaciones y dotarla de una guarnicion suficiente, confiándose el mando de la plaza al teniente-feldmariscal del círculo franco, Jorge Eberhardo de Heddersdorf. No estuvo éste ciertamente á la altura de la mision que le habia sido encomendada, pues segun se refiere, además de militar inepto en absoluto, era un hombre sombrío, débil y falto por completo de energía. El nuevo comandante descuidó absolutamente los deberes que su cargo le imponia, y cuando el peligro fué inminente solo habia en Heidelberg una guarnicion de 1,600 hombres y 700 ciudadanos y estu-

(1) El rey á de Lorge, con fecha 12 de agosto de 1693. Griffet: *Recueil*, tomo VIII, pág. 285.

(2) Griffet: *Recueil*, pág. 286.

(3) Salzer: *Para la historia de Heidelberg en los años 1689-1693*, Heidelberg, 1879 (programa). Schulte, tomo I, pág. 112.

diantes armados. Además en punto á fortificaciones habíase hecho muy poca cosa; faltaban cañones, fusiles y municiones, y el mando y la direccion no podian ser mas lamentables. El general en jefe, el margrave Luis de Baden, habia prometido á Heddersdorf socorrerle prontamente, ordenándole al propio tiempo «que se defendiera mientras le quedara un solo hombre y no aceptase ningun acuerdo con el enemigo, cualesquiera que fuesen las condiciones que se le ofrecieran (4).»

Tres días despues de escrita esta carta, es decir el 19 de mayo, llegó á Heidelberg el ejército francés compuesto de 40 á 50,000 hombres. Luis XIV habia ordenado expresamente á de Lorge que comenzara aquella campaña, calificada por el monarca de especialmente importante, con un «golpe de efecto» que desde luego hiciera respetar á las tropas francesas en Alemania (5). La toma de Heidelberg parecia el hecho mas á propósito para conseguir este fin: si la ciudad era tomada y el estado de sus fortificaciones demostraba la imposibilidad de conservarla como plaza fuerte, el mariscal debia demolerla con presteza y sin esperar nueva orden: este mandato se referia única y expresamente á las fortificaciones, debiendo ser respetadas las casas (6).

La defensa de Heidelberg correspondió á lo que era de esperar, segun lo que hemos dicho: en realidad no hubo defensa en el verdadero sentido de la palabra. Si el comandante Heddersdorf hubiera defendido siquiera durante unos días la ciudad y el castillo, habria podido contar con la tentativa de liberacion que le habia prometido el margrave Luis; pero en vez de ello, en cuanto los franceses se presentaron á las puertas de la ciudad y antes de que comenzara el ataque formal, demostró tal cobardía y perdió de tal suerte la cabeza, que ejemplos como el suyo se registran muy pocos en la historia militar de Alemania, hasta el punto de que aun cuando no hay de ello indicios suficientes, hácese muy difícil ahogar las sospechas de traicion.

El día 21 de mayo cercaron los franceses la ciudad por todos lados, habiendo tomado parte en aquellas operaciones Melac, tan conocedor desde antiguo de todos aquellos lugares; pero aun no habian terminado los sitiadores la construccion de sus baterías ni habian intentado siquiera un verdadero asalto, cuando en la mañana del 22, Heddersdorf, que se hallaba completamente perplejo y desalentado, dió la inesperada orden de evacuar el arrabal del Oeste, que daba á la llanura del Rin, junto con la estrella que lo cubria y que se hallaba convenientemente guarnecida y en perfectas condiciones de defensa. En su consecuencia las fuerzas que allí habia se retiraron á la ciudad llevándose algunos cañones y clavando otros. Ante las enérgicas censuras que le dirigieron sus oficiales por esta fuga emprendida antes de entablar la lucha, ordenó que fueran nuevamente ocupadas las posiciones que acababan de ser abandonadas; pero los franceses, que al principio creyeron que aquello era un ardido de guerra, habian invadido ya el arrabal, y apoderados de la

(4) El margrave Luis á Heddersdorf, en carta fechada en Esslingen en 16 de mayo de 1693, inserta en Salzer, obra citada, pág. 30.

(5) Instruccion para de Lorge, fechada en 15 de mayo de 1693: «Deseo ardientemente... que no mireis esta campaña como una campaña ordinaria... sino como una campaña en cierto modo decisiva y de crisis.» Griffet, *Recueil*, etc., tomo VIII, pág. 197.

(6) Griffet: *Recueil*, tomo VIII, pág. 205: «Sobre todo cuidad de que, sin destruir nada de las viviendas, sean demolidas las fortificaciones de esa plaza de modo que los enemigos no puedan en lo sucesivo pensar en establecerse nuevamente en ella.» (Pág. 208.) Cuando posteriormente de Lorge envió su relato de la toma de Heidelberg («del modo como la ciudad de Heidelberg ha sido tomada y saqueada») recibió incondicionales elogios del rey por «la buena conducta que habeis observado en esta ocasion.» (Pág. 212.)

desamparada estrella, avanzaban hacia el interior de la ciudad sin encontrar apenas resistencia á su paso. Cuando las tropas alemanas que guarnecian los puestos evacuados llegaron á la ciudad, sus defensores, en la confusion que con aquel movimiento se produjo, se olvidaron de levantar el puente de la puerta llamada central, y los franceses, que no esperaban encontrarse con tantas facilidades, penetraron por allí en la poblacion, cuyos habitantes en revuelta confusion con los soldados alemanes trataron de refugiarse en el castillo. Inmediatamente despues apoderábase Melac de la puerta situada en el otro extremo de la ciudad, con lo cual aquella masa de fugitivos se encontró entre dos fuegos. Todos los habitantes que en las calles se hallaban, hombres, mujeres y niños en número de algunos centenares, fueron encerrados en la iglesia del Espíritu Santo; otros consiguieron guarecerse en el castillo, faltando poco para que los franceses que los perseguian se apoderaran tambien de la fortaleza al primer ataque.

De suerte que en el curso de muy pocas horas consumóse «el golpe de efecto» que habia exigido de su mariscal el rey Luis XIV. La capital del Palatinado del Rin volvia á estar en poder de los franceses: poca sangre se habia derramado en aquella jornada, pero algunas horas despues la ciudad se hallaba envuelta en llamas. Es seguro que aquel incendio no fué premeditado ni ordenado por los generales franceses como lo habia sido el de 1689: razones militares abonan esta opinion. En efecto, en 1689 el ejército francés habia emprendido la retirada y procuró inutilizar aquella plaza para el enemigo destruyéndola completamente; en cambio á la sazón efectuaba un movimiento de avance en el Imperio, y aunque creía indispensable la demolicion de las fortificaciones, no le convenia tener un desierto en su línea de retirada. Todos los testimonios están contestes en que el incendio se produjo contra la voluntad de las autoridades militares francesas, y los mismos oficiales quisieron, pero no pudieron, evitar el saqueo de las casas: fué una multitud ávida de botín, casi salvaje, segun las mismas relaciones francesas, la que se diseminó por la ciudad conquistada, comenzando entonces la obra de saqueo y de horrores contra las personas y estallando en medio de la confusion el incendio, que en un principio fué, segun parece, casual y que no pudo ser á tiempo extinguido porque la poblacion se hallaba en parte refugiada en el castillo y en parte encerrada en la iglesia. Una vez empezado el incendio y á pesar de los inauditos esfuerzos de los oficiales, la misma soldadesca embriagada por la victoria y por el vino lo propagó á otros sitios de la ciudad. Las llamas invadieron la techumbre del templo del Espíritu Santo y la apiñada multitud que dentro estaba hacinada hubiera perecido aplastada y quemada por los trozos de la iglesia que en el interior caían si no hubiese sido sacada de allí y puesta en salvo gracias á la intercesion y á las conmovedoras súplicas de un sacerdote alemán que habia servido anteriormente como capellan en un regimiento francés de suizos y que contaba aun con algunas buenas relaciones entre los oficiales franceses. Los soldados invadieron entonces la iglesia abandonada, la saquearon, destruyeron cuanto hallaron á mano y no respetaron siquiera las tumbas de los antiguos electores palatinos sepultados en el coro.

La destruccion á que habia sido condenada la ciudad cuatro años antes se consumó entonces por completo, sin obedecer á plan alguno preconcebido, pero tambien sin que la lamentaran los que de ella habian sido causa. La orden de incendio que en otro tiempo habia dado Louvois se cumplió tres años despues de su muerte. Cuando las llamas se extinguieron, casi toda la ciudad estaba reducida á cenizas: en su interior sólo habia quedado en pié por una casualidad,

además de las paredes de las iglesias y de algunos restos de torres, un hermoso edificio de estilo del Renacimiento que con el nombre de «el caballero» conocen cuantos visitan á Heidelberg. En la colina donde se alzaba el castillo y en el arrabal de Spira se salvaron algunas casas.

Entretanto habíase decidido la suerte del castillo, donde se habian refugiado la mayoría de la guarnicion y algunos millares de habitantes de la ciudad. Desde el punto de vista militar hubiera sido posible defender algunos días aquella fortaleza por mas que tambien eran allí muy deficientes los preparativos para la resistencia, hasta el punto de no haberse tapiado ni una sola de las minas abiertas por los franceses en los muros en 1689; pero era imposible toda defensa ante los miles de ciudadanos de todas clases que habian buscado allí un refugio y que veían arder sus viviendas en el valle que á sus piés se extendia. Los víveres existentes en el castillo no eran ni con mucho bastantes para el sustento de aquella multitud que tumultuosamente pedia la capitulacion inmediatamente; y dados los precedentes de Heddersdorf no es de extrañar que éste en aquella desesperada situacion se mostrara el mas cobarde de todos. Debemos decir, sin embargo, en honor de la verdad, que otro comandante mas valeroso tampoco habria podido evitar la rendicion.

Todo aquel día 22 se pasó en discusiones, pues los oficiales reunidos en consejo de guerra se negaban á adoptar un acuerdo respecto de la capitulacion, no porque no la creyeran necesaria, sino porque querian que toda la responsabilidad en este punto fuese del comandante. Por fin en las últimas horas de la tarde de aquel día funesto se tomó la resolucion definitiva, adoptándose el acuerdo en la sala imperial del edificio de Ottheinrich y firmándose la capitulacion en el cuartel general francés (1). Las condiciones estipuladas fueron relativamente benignas: la guarnicion pudo salir libremente con todos los honores, con armas y bagajes, con las mechas encendidas, á tambor batiente y con las banderas desplegadas, permitiéndose que los sitiados se llevaran dos cañones y que los oficiales salieran montados á caballo.

En esta forma se verificó al día siguiente la evacuacion del castillo. Al infeliz comandante Heddersdorf se le aplicó el código militar con todo el rigor merecido: el margrave Luis de Baden convocó inmediatamente un consejo de guerra que le condenó á ser decapitado y decretó la confiscacion de sus bienes. La orden teutónica, de la que Heddersdorf era comendador, le expulsó de su seno. La sentencia de muerte no se ejecutó, pero esta «miserable gracia» no evitó al desdichado la completa consumacion de su aniquilamiento moral. «Se le aplicó, dice un testigo presencial, un castigo tan duro como difícilmente pudo haberse impuesto otro igual durante la guerra de treinta años.» Hízose formar á todo el ejército reunido en Heilbronn, y el delincuente, puesto en la carreta del verdugo y seguido de éste y de sus ayudantes, fué paseado arriba y abajo por toda la línea de las tropas; leyósele luego la sentencia de muerte y á seguida se le notificó que se le hacia gracia de la vida. El verdugo le despojó de la espada, que rompió en sus rodillas, y le golpeó tres veces el rostro con los pedazos, hecho lo cual se le hizo saber que quedaba para siempre desterrado de los círculos austriaco, rhiniano, franco y suabio. Despues de esto fué nuevamente colocado en el carro y paseado por delante del ejército, y finalmente se le condujo al otro lado del Neckar y «se le expulsó.» Aquel hombre rechazado por el mundo halló posteriormente acogida en varios monaste-

(1) El texto de la capitulacion fechada en 22 de mayo de 1693 puede verse en Salzer, pág. 36.

rios y vivió de una pension que le pasó la orden teutónica: recientemente se ha sabido que acabó su deshonrada existencia en 1728 en un convento de Hildesheim (1).

Esta severa sentencia no mejoró, sin embargo, la situación de Heidelberg, de donde salió el día 31 de mayo el ejército francés para probar fortuna, según se dice, contra Luis de Baden en Heilbronn. A su salida las murallas, baluartes y trincheras fueron diligentemente destruidos conforme lo tenia ordenado Luis XIV. En cuanto á la destruccion del castillo, los franceses se tomaron para ella mas tiempo y á este efecto dejaron en él un destacamento de 400 hombres mandados por el coronel Darcy. Este oficial francés, que habia tomado parte en la destruccion de Mannheim, no parece que desempeñó esta vez su cometido con mucho gusto; por lo menos no se dió en cumplirlo gran prisa, como lo indica el hecho de que no se retirara de la plaza hasta el mes de setiembre. Durante este tiempo, sin embargo, el incendio y las minas consumaron su obra destructora, aun mas completamente que en 1689. Cuando los franceses evacuaron el castillo no dejaron detrás de sí mas que un monton de carbonizadas ruinas; la fortaleza quedó casi en el mismo estado en que hoy se ofrece á nuestros ojos como un monumento del mas hermoso florecimiento del arte aleman y como una muestra de los horrores vandálicos de la guerra. La reconstruccion de la ciudad no comenzó hasta despues de la paz de Ryswick.

Luis XIV tuvo con este hecho de armas el triunfo deslumbrador que deseaba: fué el único de aquella campaña y de no muy grande importancia desde el punto de vista militar. Esto, sin embargo, no fué óbice para que en Paris se revistiera aquel suceso de todas las magnificencias de costumbre y para que se acuñara aquella medalla que en una cara ostenta la figura del monarca (*Ludovicus Magnus Rex Christianissimus*) y en la otra la diosa de la ciudad llorando, el dios del rio encolerizado y la poblacion envuelta en llamas con la inscripcion *Heidelberg deleta*. El autor de estas monumentales palabras destinadas á glorificar tan punible obra de destruccion fué nada menos que Boileau (2).

Muy someramente trataremos del curso de la guerra en los siguientes años durante los cuales no hubo acciones decisivas ni por una ni por otra parte. En el verano de 1694, Luis de Baden, que habia tomado ya la ofensiva, obligó á los franceses, mandados por los mariscales de Lorge y de Joyeuse, á repasar el Rhin y concibió el plan de invadir con grandes fuerzas la Alsacia; pero habiendo en el momento decisivo negado su concurso las tropas sajonas, esta empresa quedó reducida á una incursion que produjo abundante botín y en la cual los soldados alemanes con sus merodeos, saqueos, percepcion de contribuciones y almacenamientos no hicieron en Alsacia ni mas ni menos de lo que anteriormente habian hecho los franceses en Suabia (3). Cuando de Lorge avanzó con fuerzas superiores, el margrave repasó el Rhin. Fué esta la última vez que las tropas alemanas pisaron el territorio alsaciano durante aquella guerra.

Si se considera la marcha de los acontecimientos en los

(1) Acerca de todos estos sucesos véanse los documentos publicados por Salzer, pág. 36, y véase tambien la obra de Schulte, tomo II, página 72.

(2) Véase Zangemeister: *Vistas del castillo de Heidelberg hasta 1764*, en los *Anales de la Asociacion del castillo de Heidelberg para la historia del mismo*, tomo I (1886), pág. 136. Respecto de la ulterior historia del castillo desde el punto de vista arquitectónico despues de su destruccion, véase tambien la obra de Koch y Seitz: *El castillo de Heidelberg*, pág. 128.

(3) Schulte, tomo I, pág. 212.

siguientes años, fácilmente se comprenderá que Luis XIV en ellos imprimió á la guerra un carácter esencialmente defensivo, aun en aquellos puntos en que la lucha parecia revestir formas ofensivas. Los desastrosos efectos del «solo contra todos» dejábanse sentir ya de una manera muy funesta en Francia: «Los labradores, escribe un observador veneciano en 1695, están sumidos en la mayor miseria; las elevadas contribuciones, los acuartelamientos de invierno y las continuas levadas han arruinado el reino y disminuido el número de habitantes en unos dos millones, y han venido á aumentar los desastres el hambre y las malas cosechas.» El propio observador hace notar especialmente el empobrecimiento y el descontento de la aristocracia, en la que se sentian las funestas consecuencias de la expulsion de los hugonotes (4). Necesitábanse los mas extraordinarios esfuerzos y todo el peso del poder absoluto del rey para que pudiera continuar la guerra en las grandes proporciones con que habia comenzado; pero el objetivo de la política francesa era: defender las propias fronteras atacando el país extranjero, economizar los ejércitos, evitar las grandes batallas y negociar secretamente la paz por todos lados con la firme resolucion de no firmarla sino en las condiciones mas favorables que fuese posible.

Siendo por otra parte los aprestos bélicos de los alemanes, así por su número como por su composicion, mas propios para la defensa que para el ataque, no era de esperar que ocurriesen hechos de armas importantes: existia casi un equilibrio completo de fuerzas en ambos campos y por tanto cada uno de ellos se contentaba con poder defender sus propias fronteras. Los gastos que en el teatro de la guerra se ocasionaban corrian á cargo de los territorios fronterizos del Sudoeste de Alemania; por esta razon Luis de Baden se impuso la tarea, y fué éste uno de los grandes méritos de su direccion, ya que sus fuerzas eran insuficientes para la ofensiva, de limitar el territorio donde se sostenia la lucha á la zona mas pequeña posible, lo cual procuró conseguir especialmente por medio de sus extensas «líneas de Epping» y de otras fortificaciones análogas en otros puntos (5). Ya se comprenderá que este sistema de guerrear satisfacía muy poco al caudillo que tan valerosamente habia combatido contra los turcos y que mas de una vez pensó en volver á su antiguo puesto en Hungría.

Mas importantes que los detalles de esta fatigosa y estéril «campaña de maniobras» de los últimos años de la guerra son las tentativas de organizacion militar que con ella se enlazaron y que ocupan un sitio eminente en la historia de la constitucion militar del Imperio aleman (6).

Cada dia evidenciábase mas que para la guerra del Rhin central y del alto Rhin no habia que contar con una poderosa ayuda del emperador ni de los grandes Estados imperiales armados. El primero necesitaba sus tropas en Hungría; Brandeburgo y Baviera tenian sus fuerzas ocupadas en la guerra de los Países Bajos; las tropas sajonas, que en los primeros años de la guerra tan buenos servicios prestaran en el Rhin, habian sido durante los últimos embargadas por el emperador para la guerra turca, y en cuanto al landgrave de Hesse-Kassel, que disponia de un respetable ejército,

(4) Relacion de Piero Venier, escrita en noviembre de 1695, publicada en la *Analecta para la historia francesa*, de Ranke (Obras completas, tomo XII), pág. 318.

(5) Schulte, tomo I, pág. 280.

(6) Para lo que sigue véanse: el excelente y antiguo trabajo de Kopp: *Tratado fundamental de la Asociacion de los círculos del Imperio*, etc. (Francfort, 1739); Fester: *Los Estados armados y la constitucion militar del Imperio*, etc. (Francfort, 1886), y sobre todo Schulte. El margrave Luis Guillermo de Baden, tomo I, pág. 291.

solo lo utilizaba para atender egoista y codicioso á sus intereses territoriales y económicos.

De esta suerte, el margrave Luis Guillermo de Baden, para hacer la guerra en el Rhin, se veía cada dia mas reducido á las propias fuerzas de los amenazados Estados imperiales del Sudoeste, y en primer término á las de los círculos suabio y franconio. Por lo mismo fué tanto mayor el mérito de aquel inteligente general y hombre de Estado al conseguir que adquiriera y conservara verdaderas condiciones militares aquella multitud de Estados medios y pequeños, uniendo en estos círculos elementos cuya union parecia punto menos que imposible. El círculo suabio se anticipó á todos con su abnegacion, entregándose confiadamente al mando del margrave; siguió el franconio, y entre uno y otro formóse una primera asociacion para la defensa comun con las propias tropas, haciendo ambos importantes aprestos. Desde un principio Luis Guillermo no dispuso en gran parte para esta guerra mas que de este «ejército de círculos» á que él habia dado vida, y aquellos soldados bisoños, recientemente reclutados, fueron instruidos en las luchas defensivas que en 1693 se sostuvieron delante de Heilbronn por el general, que se mostró infatigable en tal tarea. El armamento de ejércitos propios tenia para los mismos círculos la ventaja, entre otras, de que en lo sucesivo sus territorios se hallarian exentos de las «asignaciones» imperiales, es decir, que quedarían libres de la obligacion de facilitar á las tropas de los otros Estados cuarteles de invierno y demás prestaciones anejas á la guerra.

Mas no paró en esto la iniciativa del de Baden, sino que muy pronto se trazaron verdaderos planes de organizacion en gran escala. Al lado del margrave Luis Guillermo trabajaba tambien con su palabra y sus escritos el hessense Jorge Kulpis, antiguo profesor de derecho político en la universidad de Estrasburgo y á la sazón consejero de Wurtemberg. De gran trascendencia fué la resolucion que los dos círculos aliados adoptaron en la primavera de 1694, de mantener su nueva organizacion militar aun para los futuros tiempos de paz, estableciendo el sistema de los ejércitos permanentes, *miles perpetuus*, tal como lo tenian montado desde hacia algunas décadas los grandes príncipes laicos. El círculo suabio resolvió mantener sobre las armas un ejército de la paz de 8,000 hombres, y el franconio otro de 4,000. En Suabia especialmente reinaban una actividad y un entusiasmo inusitado: el círculo nombró feldmariscal general de sus tropas en tiempo de guerra y de paz al margrave, el cual, en union de Kulpis, procedió á una amplia reorganizacion de todo el ejército del círculo, que habia de ser, según se proponian, el modelo para los organismos militares que se crearan en círculos.

A este fin tendieron los planes sucesivos: Suabia y Franconia asociadas habian de ser el núcleo de una nueva organizacion militar del Imperio cada vez mas extensa, cumpliéndose con ello la antigua mision que desde el punto de vista militar debian llenar los círculos. Tomóse por base el decreto de ejecucion de 1555 con la adiccion de los posteriores acuerdos de 1681 en lo que se referia á la distribucion de los distintos servicios, y se prescindió de los círculos y Estados que tenian un poderío militar organizado, tales como Austria, Brandeburgo, Sajonia, Brunswick, etc., es decir, los círculos austriaco, alto y bajo sajón y borgoñon. Lo primero que se consiguió fué estrechar las relaciones con el círculo del alto Rhin, donde el predominio hasta entonces ejercido por el landgrave armado de Hesse-Cassel habia de desaparecer ante la influencia de los demás Estados del círculo, especialmente del obispo de Worms y del elector del Palatinado. De mayor importancia fué el hecho de que

el elector de Maguncia, que lo era á la sazón Lotario Francisco de Schönborn, se adhirió con entusiasmo al movimiento iniciado para la organizacion de los círculos é interpusiera en su favor toda su elevada autoridad.

Despues de muchos preparativos reunióse en Francfort del Mein un congreso de diputados de seis círculos del Imperio, convocados por el elector de Maguncia «en nombre del archicancillerato del Imperio» y presididos por su plenipotenciario el baron Felipe de Stadion. A este congreso enviaron sus plenipotenciarios los directores de los círculos suabio, franconio, bávaro, del Rhin electoral, del alto Rhin y westfalio. Es digno de notarse como hecho sorprendente en aquella época, tan fecunda en contiendas por cuestiones de etiqueta, el de que la asamblea, «movida por un laudable celo para promover el bienestar comun, prescindiera de todo ceremonial (1).» Gracias á esto el congreso concluyó sus tareas en un plazo brevísimo, firmándose en 12 (23) de enero de 1697 el «acta de la Asociacion» de Francfort (2).

Lo mas importante de aquel documento fué el acuerdo adoptado por cinco círculos del Imperio, los cuales convinieron, aunque con muchas limitaciones en cuestiones de detalle, en aceptar el sistema de un Estado armado permanente, tomando para ello como modelo el de los círculos suabio y franconio. Acordóse tambien, por ratificacion de los distintos círculos, crear un ejército permanente de 60,000 hombres en tiempo de guerra y de 40,000 en tiempo de paz. El acta contenia además minuciosas estipulaciones sobre la organizacion general del ejército confederado y de cada una de sus partes, sobre acuartelamientos, marchas y aprovisionamientos, sobre artillería y almacenes, sobre la caja de operaciones comun, etc., y asimismo se proponia en ella la uniformidad en el calibre de las armas de fuego, en el sistema de reclutamiento y remonta, en las pagas, en la disciplina, etc.

Es imposible leer aquel notable documento sin sentir cierta simpatía por los valerosos esfuerzos de los hombres que en él se unieron para intentar, precisamente en la parte del Imperio mas desunida y mas fraccionada, la unidad de una constitucion militar comun para la mútua defensa en la guerra y en la paz; esfuerzos que debieron recordarse cuando ocurrió la vergüenza de Rossbach, sesenta años despues. Que las tropas de los círculos alemanes, estando bien dirigidas, eran capaces de prestar buenos servicios militares, demuéstranlo las campañas de Luis Guillermo en el Rhin. El curso histórico de los ulteriores acontecimientos puso de manifiesto que, aplicando un refran en uso en aquellos tiempos, era *querer retorcer una cuerda de arena* pensar en que el particularismo confuso del Sudoeste de Alemania pudiera ser dominado por una constitucion militar establecida sobre la base del servicio voluntario; pero aun así es preciso honrar la fe y el valor con que se hizo tal tentativa. Al constituirse la asociacion cifróse en ella grandes esperanzas y no se reputaba imposible que, merced al ingreso de otros círculos, ó sea de los grandes Estados imperiales armados y del emperador, llegara á ampliarse paulatinamente aquella organizacion hasta servir de modelo para todo el ejército del Imperio (3).

Aquella empresa se armonizaba perfectamente con los impulsos naturales y siempre reproducidos del desenvolvimiento político nacional de Alemania: era un nuevo paso hácia las tendencias federativas cuya repeticion constante, á pesar de

(1) Kopp: *Apéndices*, pág. 75.

(2) Inserta en Kopp: *Apéndices*, pág. 74. El círculo bávaro intervino en los debates, pero no firmó el acta y no entró formalmente ni entonces ni despues en la nueva asociacion.

(3) Schulte, tomo I, página 347.